

VIGILADA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN



EDITORIAL





# GEUP

GRUPO DE EDITORIALES  
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO





MIRIAM ALICIA SENDOYA

*Muros de sombras  
y de pájaros*

GRAN PREMIO EDICIONES EMBALAJE  
MUSEO RAYO  
2014



Sendoya, Miriam Alicia  
Muros de sombras y de pájaro / Miriam Alicia Sendoya. -- Santiago  
de Cali: Universidad Santiago de Cali, Sello Editorial, Ediciones  
Embalaje Museo Rayo, 2021.  
48 páginas: ilustraciones; 24 cm.

ISBN: 978-628-7501-23-2 ISBN (Digital): 978-628-7501-28-7

1. Poesía 2. Literatura. I. Miriam Alicia Sendoya. Universidad Santiago  
de Cali.

SCDD 863 ed. 23

CO-CaUSC  
jrgb/2021

*Muro de sombras y de pájaros*

© Miriam Alicia Sendoya

© **Ediciones Embalaje Museo Rayo**

Fundación Museo Rayo | Museo de Dibujo y Grabado Latinoamericano

Concertado con el Ministerio de Cultura

Calle 8 No.8-53 Roldanillo, Valle del Cauca, Colombia.

Tel. +57 (2) 229 8623 Fax. +57 (2) 229 7290

© **Gestión editorial**

Editorial Universidad Santiago de Cali.

Sede Pampalinda

Bloque 7 - Piso 5

Calle 5 No. 62 - 00

Tel: (57+) (2+) 518 3000 Ext. 323 - 324 - 414

✉ editor@usc.edu.co ✉ publica@usc.edu.co

Cali, Valle del Cauca, Colombia.

**Diseño y diagramación**

Diana María Mosquera Taramuel

Universidad Santiago de Cali

ISBN: 978-628-7501-23-2 ISBN (Digital): 978-628-7501-28-7


Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio  
reprográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios del  
copyright.

Edición especial para la Feria Internacional del Libro de Cali.

2021




## CALIGRAFÍA DEL DOLOR



*Muro de Sombras y de Pájaros*, de Miriam Alicia Sendoya, el libro ganador del Concurso Ediciones Embalaje del XXX Encuentro de Poetas Colombianas del Museo Rayo de 2014, suscita una reacción de profundo dolor. En un viaje a la Sierra de Aracena, en Huelva del sur andaluz de España, visité el pueblo blanco de Fuenteheridos. Allí me mostraron un muro donde se podían distinguir unas cruces que se desdibujaban a la intemperie. Contra ese muro blanco como una página, habían fusilado 10 hombres de la resistencia a Franco después de la Guerra Civil Española. Una vez partidas las tropas, las esposas, las madres y las hijas de los ejecutados salieron en la noche y pintaron una cruz negra en el lugar donde había muerto el padre, el hijo, el esposo o el hermano. Desde entonces, en ese pueblo de nombre lorquiano, cada año, en el aniversario del día doloroso, las mujeres hacían lo mismo. Quedan pocas, se han ido muriendo o yéndose del lugar y, sin embargo, pude ver las cruces, ya casi sombras, ese día en el 2006. *Muro de Sombras y de Pájaros* me recordó ese muro y esas cruces. Me hubiera gustado hacer imprimir los brevísimos trazos de los poemas en una especie de biombo para dar la idea de un muro. El de Miriam Alicia está en su memoria de la Colombia de su origen, el lugar de donde tuvo que salir y que añoraba cuando escribía estos poemas de duelo: “Huí lejos de las amorosas montañas, / de los cómplices ríos, / de pueblos enlutados /




y de sombras con humana presencia. / Mi morral, / como si cargara una tumba” (Poema XXV).



Las pocas sílabas de cada poema, muchos similares al haikú, son la caligrafía sonora de hechos y experiencias, son sombras de lo que pasa frente al muro, que es a la vez el papel del libro. Como los haikai, nada se explica ni se elabora -se nos revela en un destello de asombro. No hay metáfora aparente, sino que la comparación se hace entender a través de imágenes yuxtapuestas en lo que se llama “diáfora”: “Preñez milenaria tallada por sinsontes / en el alero del cielo, / la montaña”. No hay verbo que haga la equivalencia entre la preñez y la forma de la montaña, sino que la vemos revelada. En este caso, una visión de pájaros conecta la idea del embarazo con la forma de la montaña. En casi todos los poemas, ellos aparecen, mensajeros entre mundos y tiempos, testigos del teatro de sombras y gritos que es la cotidianidad del país perdido de Miriam Alicia y también víctimas: “Un país naufrago / sorprende al pájaro con sus alas rotas / en la orilla de un poema”. Este Poema II tiene un extraordinario poder, ya que el poema, una isla, está frente a nuestros ojos. Su forma con el cuerpo largo del segundo verso acostado entre las dos alas del primero y el tercero. El país ahogado en penas llega a la misma orilla donde el pequeño viajero agonizante da testimonio con su forma y el recuerdo de su trino en las sílabas que lo conforman.

La naturaleza de los pájaros y su forma, hace de ellos un alfabeto tan visual como sonoro para estos poemas. Son migratorios y cantan como la autora, una de muchos desplazados, desterrados y peregrinos, quienes, como ella, huyen y retornan o desean retornar. Hay diferentes especies de pájaro, y no todos son





trasmisores de un corazón al otro, como el colibrí del primer poema: “Él en mi mano / yo en su aleteo / inmensidad del instante”.

El epígrafe de Matilde Espinosa identifica a los que están del otro lado: “Se equivocó el paisaje / y las aves de rapiña / limpian el suelo rojo” (Matilde Espinosa). En el Poema XIV, las aves negras son voceros de los victimarios: “En el pulpito / -aves negras- / arengan las torres de la iglesia. / A veces, muchas veces, / sus gritos llegan al cielo / mientras los ángeles deshabitaban el bosque”. En el Poema XXII, “Pájaros violentos en campos desolados y huérfanos, / tierra mutilada / en pasos apresurados, / éxodo de niños, / sonrisas colgadas al filo de la noche”. Este poema ilustra perfectamente la intención de la poeta de hacer que cada página en blanco sea el muro contra el que las sombras, tanto de víctimas como de victimarios, aparecen dejando su huella. Primero, las sombras voladoras de los pájaros violentos, persecutores, y luego la hilera de niños cuyas sonrisas son lo único que se ve sobre las trazas de su huida. Las aves son agoreras y también testigos, tanto del sufrimiento ajeno como del propio, como el de la que garabatea sobre el muro de los recuerdos y las lamentaciones.

Otros pájaros acompañan a las sombras humanas como guías, como los dioses de los ínferos: “Algo se fue esa noche entre sollozos, / una parte se quedó allí / en el fondo de un lamento sordo. / Los pájaros se llevaron el aire, / los desaparecidos y el silencio” (Poema XIX). Esta imagen devastadora de los pájaros llevándose el aire es tan certera que es imposible citarla sin citar todo el breve poema. Vemos el muro que es la página. Entre ella y nosotros – el aire. De pronto, en el último verso,

ellos, que son las letras, nos quitan el aliento que el lamento absorbe, “dejando en hueco el aire”, como en el poema de Miguel Pizarro acerca de los bombardeos de la Guerra Civil Española.

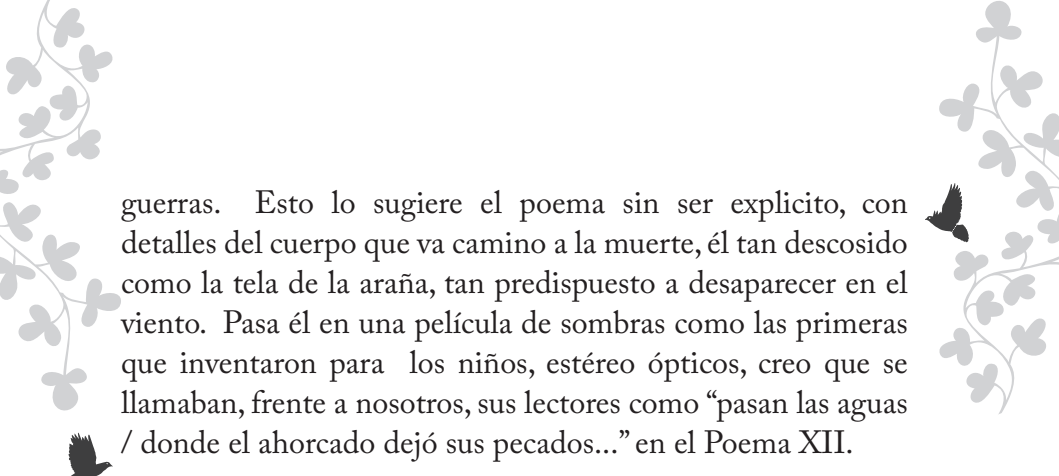
En este libro, que tiene que ver tan claramente con Colombia, existe la conciencia de que todas las guerras son una. Los seres humanos nos estamos dando cuenta de que nuestra historia y nuestra prehistoria son las de incontables migraciones. Miriam Alicia Sendoya, como muchos, está consciente de un ancestro nómada y de que ella está repitiendo su éxodo: “Mis raíces nómadas se detuvieron. / Ilumino un rabioso sol. / Posaron los pájaros, / alimentaron sus trinos / y los siglos no detienen mi andar / ni su cadencia” (Poema III). Este muro en que la pluma de un ave llamada Miriam, una pájara, quizás pinta, como Alba Lucía Ángel, escribe sus ideogramas, es nuestro propio Muro de las Lamentaciones. Todos los viajeros podemos preguntarnos, como Miriam en el Poema XXVI, “¿Quién se llevará mis huesos cuando se vayan? / ¿Quién arropará el rastro frío? / ¿Cuándo rodará la corteza protectora? / ¿Cuántos inviernos pasarán por estas soledades? / ¿Quién más? / El silencio, / todas las sombras nos arrullaremos”. Hay una hermandad peregrina en el exilio, una hermandad que incluye y protege tanto a las sombras vivas de los huidos como los fantasmas de los muertos en el conflicto. Esta solidaridad desolada cobija y mece a los espíritus adoloridos por sus penas y sus heridas físicas. La página en blanco recuerda como el Muro de Fuenteheridos y canta como una madre a sus huérfanos porque una mujer trazó la letra de su presencia, partiendo en palabras la común ausencia de los desaparecidos.





Los pájaros más pequeños y más frágiles son los que nos traen el gozo del palpito de la vida: “El gorrión sonrío, / vibran sus colores ciegos, / la primavera” (Poema XVII). Esta primavera es del norte y, sin embargo, hay en sus colores apagados una alegría, una música de cuerda vocal, un momento entre los pasos del duelo. Igualmente, algunas aves son las portadoras del recuerdo, viajeras en el tiempo: “En la rama seca / -posa- / la torcaza de otros tiempos, / alimenta su canto entre alabados y silencios, / habla de caminos infinitos / moradas insondables, / abanica el mundo. / En su mirada parda / las guerras insondables” (Poema IX). La torcaza, tan pequeña, tan frágil, viene de nuestro pasado, un recuerdo de infancia o de otras infancias. Lo que canta son “alabados”, cantos de duelo como las negras del Pacífico. Ella se vuelve sabia, sibila, al ser el eco de todas las migraciones y exilios, “caminos infinitos”, moradas incontables. Sus pequeñas alas de ave viajera, son capaces de desplazar el aire de los continentes encima de los que vuela. Ve, como si fuera un pequeño ángel pardo, los diseños que trazan los hombres con sus guerras. Como es la reencarnación de todas las torcazas del pasado, las guerras son muchas, muchas más de lo que nosotros podemos imaginar.


Cada poema, además de registrar el vuelo de los pájaros, la sombra silabada de su aleteo, registra el paso de los seres humanos, vivos o condenados a muerte, al exilio. “Un cortejo sin murmullos / ni llanto pasa. / El ojo del condenado, su mordaza. / La sombra de su pie, los hilos descosidos de la araña / el rastro de la historia” (Poema X). Lo extraordinario de este poema son los hilos de la telaraña. Por ellos ha pasado el cortejo del condenado porque él, con su mirada perdida, viene de otros tiempos y sigue pasando, el mismo en nuevas



guerras. Esto lo sugiere el poema sin ser explícito, con detalles del cuerpo que va camino a la muerte, él tan descosido como la tela de la araña, tan predispuesto a desaparecer en el viento. Pasa él en una película de sombras como las primeras que inventaron para los niños, estereógrafos, creo que se llamaban, frente a nosotros, sus lectores como “pasan las aguas / donde el ahorcado dejó sus pecados...” en el Poema XII.

El paso del tiempo va borrando el testimonio escrito en el muro y la poeta lamenta el olvido y trata de detenerlo con cada sílaba. Evoca el miedo que la hizo huir haciéndola pasar por la pantalla del muro: “He borrado mis trazos / para acallar el miedo. / La memoria habita los poros / y un tenue escalofrío me recorre / perdiéndome” (Poema XXI). La pierde el escalofrío, no la borra. La memoria la hace presente, dejándola extraviada pero expuesta a los perseguidores. Está desnuda ante nosotros con su miedo tatuado en la página.

El último poema, el Poema XXX, es el más largo. Tiene 13 versos y forma de persona, más bien de mujer con los brazos extendidos. Me lleva a ese paredón antiguo de Fuenteheridos donde algún día ninguna mujer se levantará con su tarro de pintura para marcar la cruz de su amado: “Los ausentes se silencian, / hablan, / gritan, / son extraños, / no están y están lejos de sus amados, / del paisaje, / de sus muertos, / de ellos cuando mueren, / de la tierra que no abrazan. / Huyen de sus huesos / -solos- / sin música, / lejos de casa”. Al inscribir el Poema XVI en la página, nos exhorta a que no olvidemos: “Borrar la memoria del muerto, / lavar las señales de la piel, / maquillar los párpados ausentes, / buscar en la nada una mordaza, / una foto amarilla, / su último aliento”. En este

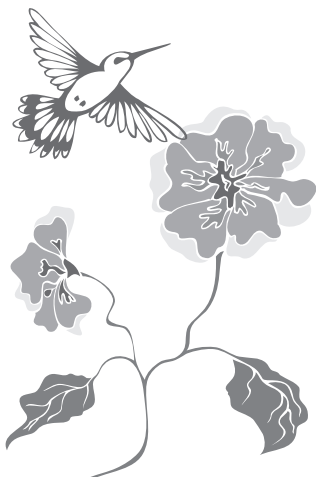


retrato negativo, que pudiera ser cualquiera de nuestros muertos, vemos un futuro que sólo el poema desvía con su delicado, pero imborrable testimonio.

Miriam Alicia Sendoya ha vuelto a su país, volvió al Encuentro de Poetas Colombianas con Muro de Sombras y de Pájaros entre las manos. En cada hoja de su libro ha pintado una cruz que no es sólo una cruz sino un ser de sílabas, un palpito de alas, una resurrección entre los velos de erosión en nuestra memoria. Es un poemario de una belleza tan desgarradora como luminosa, por la limpieza de su lenguaje que se siente verdadero y honesto y que recibimos como una bendición de dolor compartido.

Bienvenida Miriam Alicia Sendoya al círculo de las ganadoras del Gran Premio Ediciones Embalaje del Museo Rayo. Bienvenida a tu Colombia, peregrina entre aves y sombras. Los colibríes, tan de nosotros, te rodean y te recuerdan, como en tu Poema XXIV:

Los colibríes poblaron mis ojos,  
el bosque, la aldea,  
la esperanza.



**AGUEDA PIZARRO RAYO**

Roldanillo

Mayo de 2015

“No hay caminos ni señales  
se equivocó el paisaje  
y las aves de rapiña  
limpian el suelo rojo”.

Matilde Espinosa



## COLIBRÍ

Él en mi mano,  
yo en su aleteo,  
inmensidad del instante.





## II

Un país náufrago  
sorprende al pájaro con sus alas rotas  
en la orilla de un poema.







### III

Mis raíces nómadas se detuvieron.  
Ilumino un rabioso sol.  
Posaron los pájaros,  
alimentaron sus trinos  
y los siglos no detienen mi andar  
ni su cadencia.





## IV

En el país de ensueño  
muertos fornicando en el estertor del  
tiempo,  
vivos fornicando entre rezos.  
Los buitres se arremolinan,  
un abismo abre el cielo  
y otros pájaros arden en voces  
implacables.





## V

¿Dónde ese rumor de pájaros  
hambrientos?

Entre la niebla y el olvido  
la sabiduría en sus alas  
rejuvenece el viento,  
guarda secretos de la caverna encendida.





## VI

El silencio rompió sus alas  
en la travesía del viento,  
solo,  
solo el silencio.



## VII

Un espejo deslucido  
ve pasar el reflejo del día  
una a una la sombra  
de los pájaros que llevan voces acalladas  
y sollozos.





## VIII

Preñez milenaria tallada por sinsontes  
en el alero del cielo,  
la montaña.



## IX

En la rama seca  
-posa-  
la torcaza de otros tiempos,  
alimenta su canto en alabados y silencios,  
habla de caminos infinitos  
moradas insondables,  
abanica el mundo.  
En su mirada parda  
las guerras incontables.





## X

Un cortejo sin murmullos,  
ni llanto pasa.  
El ojo del condenado, su mordaza.  
La sombra de su pie, los hilos descosidos  
de la araña,  
el rastro de la historia.







## XI

Lo desenterraron -como un árbol-  
cercenaron sus brazos, su fuerza.  
Arrancaron sus dientes, su risa.  
Despojaron sus raíces.  
Vio pasar a sus muertos  
y en caravanas los fantasmas.





## XII

Pasan las aguas  
donde el ahorcado dejó sus pecados,  
a veces las alimañas aplauden a sus  
muertos.





## XIII

Abordaron la oscuridad  
con el hambre en sus pasos y la geografía  
en su mirada,  
felinos perseguidos devoraron la noche.





## XIV

En el púlpito  
-aves negras-  
arengan las torres de la iglesia.  
A veces, muchas veces,  
sus gritos llegan al cielo  
mientras los ángeles deshabitan el  
bosque.





## XV

La brújula marcó la huella,  
en el muro la mueca del olvido,  
la ceniza y la sentencia.  
Nada señala la piel de los ausentes.





## XVI

Borrar la memoria del muerto,  
lavar las señales de su piel,  
maquillar los párpados ausentes,  
buscar en la nada una mordaza,  
una foto amarilla,  
su último aliento.





## XVII

El gorrión sonrío,  
vibran sus colores ciegos,  
la primavera.





## XVIII

El sol lloró los valles  
sembrados de escapularios rotos,  
aturde la campana,  
acuchilla el silencio  
y enlutados pájaros cruzan el firmamento.







## XIX

Algo se fue esa noche entre sollozos,  
una parte se quedó allí  
en el fondo de un lamento sordo.  
Los pájaros se llevaron el aire,  
los desaparecidos y el silencio.





## XX

Un pájaro vive,  
el paso de la tarde,  
aleteo de hojas secas.



XXI

He borrado mis trazos  
para acallar el miedo.  
La memoria habita los poros  
y un tenue escalofrío me recorre,  
perdiéndome.





## XXII

Pájaros violentos en campos desolados y  
huérfanos,  
tierra mutilada  
en pasos apresurados,  
éxodo de niños,  
sonrisas colgadas al filo de la noche.



## XXIII

En lentos fríos,  
-lejos del trópico-  
el sol huidizo,  
casi demonio.  
Se ríe del llanto y sus plegarias  
me resigno después de blasfemarle,  
el reloj de arena paró su destino,  
la lentitud lo envuelve.





## XXIV

Los colibríes poblaron mis ojos,  
el bosque, la aldea,  
la esperanza.



XXV

Hui lejos de las amorosas montañas,  
de los cómplices ríos,  
de pueblos enlutados  
y de sombras con humana presencia.

Mi morral,  
como si cargara una tumba.





## XXVI

¿Quién se llevará mis huesos cuando se vayan?

¿Quién arropará el rastro frío?

¿Cuándo rodará la corteza protectora?

¿Cuántos inviernos pasarán por esas soledades?

¿Quién más?

El silencio,  
todas las sombras nos arrullaremos.







## XXVII

Carda el tiempo la partida.  
En la mascarada que comienza,  
un colibrí aletea.





## XXVIII

Mujeres deshojadas  
como libros en cualquier rincón.  
Perdieron su risa.  
Vidas rotas,  
muñecas extraviadas.





## XXIX

No es agua el río.  
Sus entrañas queman.  
De su vientre afloran ojos,  
cuerpos que bebieron soledades.  
Desangraron su inocencia.  
Lleva fantasmas y olvidos.



XXX



Los ausentes se silencian,  
hablan,  
gritan,  
son extraños,  
no están y están lejos de sus amados,  
del paisaje,  
de sus muertos,  
de ellos cuando mueran,  
de la tierra que no abrazan.  
Huyen de sus huesos  
-solos-  
sin música,  
lejos de casa.





Este libro fue diagramado utilizando fuentes tipográficas  
Adobe Claslon Pro en sus respectivas variaciones en el  
contenido y Andada para títulos.

Impreso en el mes de octubre de 2021,  
se imprimieron 100 ejemplares en los  
Talleres de SAMAVA EDICIONES E.U.

Popayán - Colombia  
Tel: (57+) (2) 8235737  
2021



VIGILADA  
MINEDUCACION



EDITORIAL